



El cantautor de Minnesota, a la izquierda al piano, prohibió que se le hicieran fotografías

Fraga asistió al concierto y los cincuentones esprintaron para coger un buen sitio

Milagros dylanianos en el Camino

Buena parte de los de la generación del botellón no pasaron por taquilla y siguieron el recital desde la ladera

R. Ventureira | P. Carballo

SANTIAGO

Los conciertos xacobeos estaban resultando poco espirituales. Los Chemical Brothers proyectaron un Cristo en sus pantallas, sí, pero el lado oscuro estaba ganando la partida al claro tras las dos primeras jornadas: Iggy Pop mostró un comportamiento propio de un poseído y Robert Smith se erigió en el sumo sacerdote del ejército de las tinieblas, el que le sigue vestido de negro. Así de tenebrosas estaban las cosas hasta que llegó Bob Dylan. El espiritual. El que una vez le cantó *Forever Young* a Juan Pablo II. Es la segunda vez que viene en Año Santo. Provoca peregrinaciones el bardo norteamericano, y obra milagros, como lo es que hombretones que pasan los 50 emprendan un esprint tras la apertura de puertas para tomar sitio a unos metros del mito. Más lejos se situó Manuel Fraga, en la zona VIP. El presidente de la Xunta sorprendió con su asistencia —comunicada a la prensa a las siete de la tarde— a la última jornada de los Concertos do Novo Milenio.

A más distancia que Fraga se situaron los pillos que otearon los conciertos desde fuera del recinto. Detrás del lago, en concreto. Cuando cantó Eva Amaral eran unos cien, y el número creció cuando Dylan pisó el escenario. Los representantes de la generación botellón eran mayoría en esta ubicación, en la que el frío pega con más fuerza y la música llega a un volumen Red Hot Chili Peppers. Noemí estuvo ayer allí: «Esto tiene muchas ventajas. Te ahorras la entrada y no tienes que esperar para mear». Da en el clavo. Lo de orinar dentro resultó complicado. De hecho, ellos recurrieron a cualquier pared o porción de campo,



Pérez Varela y Fraga asistieron al concierto de Bob Dylan

PACO RODRÍGUEZ



Las formas de saludar a los artistas fueron variopintas

discreta o no, en función de la necesidad. Ellas fueron más recatadas, y cuando lo tuvieron que hacer al aire libre buscaron un rincón apartado o incluso formaron melés tipo rugby para tapan a la que estaba en ello.

En fin, que no hay nada mejor que ser VIP para ver un concierto xacobeo. Tienes copas y comida por la jeta, con lo que evitas las desesperantes esperas en las barras de los bares (media hora, con suerte), y además, no tienes que soportar cola para ir al servicio, que está limpio, por supuesto, y no infectado como los destinados a la masa festivalera.

Crítica musical

Vivan los bises

Rubén Ventureira

SANTIAGO

■ Vivan las propinas. Propinilla en el caso de Lou Reed, que sólo se acercó a los deseos de la masa al final de su ombliguista actuación, cuando sonaron *Sweet Jane* y *Perfect Day*. The Cure fueron generosos en el reparto de clásicos, que cayeron en cascada en la primera ración de bises, en la que encadenaron *Close to me*, *Lovecats*, *Friday I'm in love* y *Boys don't cry*.

Quizá habría que fundar una Asociación Internacional de Promotores de Conciertos (AIPC) que acotase los caprichos de repertorio de algunas leyendas. No hay derecho a que Lou Reed ofrezca un concierto de culto en este córner atlántico, un recital que en Nueva York quizá proceda, pero que en estos lares sólo puede contentar a los incondicionales. AIPC, ya. Y no es que estuviese fatal. Pero las expectativas eran más elevadas que un coqueteo con el sopor.



SANDRA ALONSO

Robert Smith, el viernes

El asunto empezó bien con la invocación inicial a la Velvet (*White Light / White heat*), pero la torció el deficiente sonido. Su voz, cascada, ocupó un absurdo primer plano y sepultó los instrumentos, especialmente durante el primer tramo del concierto. Así se semiescuchó un *Dirty boulevard* sin chicha guitarrera. A Lou se le vio insulso y distante. Dicen que estaba picado porque The Cure fueron elegidos para cerrar. La segunda bala velvética (*Jesus*) tampoco impactó. Parcheó su actuación con los clásicos finales, pero el concierto supo a muy poco. No era el recinto (enorme), ni el día (festivalero), para tirar de la cara B de su carrera.

«El viejo necesita una *cure* de humildad», se escuchó en las gradas tras la formidable actuación de The Cure. Si el público siempre tiene la razón, hay que darle lo que quiere. Lo tiene claro, tanto como su tez, Robert Smith. Cantó para 30.000, y no para 30. El personal se lo agradeció: «Viva ese gordo», le gritaban cuando hirió *In between days*, *Just like heaven* y *Pictures of you*.

Fue la primera cumbre. *Lullaby* condujo a la segunda. Y la tercera llegó con los cuatro clásicos del primer bis. Santiago pudo ver a un Robert emocionado, quizá porque entre los 30.000 espectadores estaban la madre que lo parió, y también el padre. Su hijo les podrá enseñar unas fotos de recuerdo, las que hizo al público. The Cure cerraron con *Faith*, y era lo que faltaba, se encendieron los mecheros. Así acabó una jornada en la que también pasaron por el escenario dos hijos de Radiohead. Starsailor: sin fuerza, sin chispa y sin hits. Muse: con fuerza, con chispa y con hits. La banda de Matthew Bellamy fue la triunfadora del día hasta que Robert tejió una telaraña sonora en la que quedaron atrapadas 30.000 personas.

The Cure entusiasmó al hilar cuatro clásicos tras su primer abandono del escenario, y Lou Reed sólo llegó al público con sus propinas

Es cierto que el recinto acotado a este distinguido personal no tiene una ubicación VIP: lo han habilitado en una remota esquina del Monte do Gozo. Los conciertos se siguen sobre una pasarela colocada encima del lago, y hay una lancha de la Cruz Roja en las inmediaciones por si la euforia (musical o copera) causa algún indeseado chapuzón.

El Robin Hood de las copas

En la segunda jornada de conciertos desfilaron por esta zona 700 personas, según los números oficiales. Los reales son otros, más hinchados, pues la gente importante tiene amigos menos importantes, incluso simples conocidos, a los que cede por unos minutos su acreditación. No se puede salir con copas ni con comida de este acotado córner, pero es posible si el Robin Hood que sustrae las copas y la comida de los ricos para llevársela a los pobres, o bien para su propio consumo, recurre al viejo truco (tan socorrido para sacar copas de pubs y discotecas) de esconder el material bajo una cazadora o similar. Algunos VIP no soportan ver el concierto con otros VIP y sólo se pasan por la zona guay para avi-tuallarse, y siguen los recitales como los otros mortales, desde las gradas o el foso, donde se ve mejor.